

SAULO MANUEL LÓPEZ BAILACH

# JUSTICIA ANIMAL



---

---

# Capítulo 1: Siena

Me llamo Siena y soy una vaca.

Con casi quince años ya sobre mis espaldas, he podido entender y asimilar lo que significa ser una vaca en la sociedad que me ha tocado vivir. He aprendido mucho sobre los seres humanos y su relación con nosotros, los animales; y, desgraciadamente, no puedo hablar muy bien de la mayoría de las personas que he conocido a lo largo de mi vida.

Los humanos se dedican a clasificarnos de las formas más variopintas. Por ejemplo, en animales de abasto, de compañía, salvajes...; que si somos vertebrados o invertebrados; o si pertenecemos a los mamíferos, a los reptiles, a los anfibios, a los peces... Pero la división o clasificación que más les interesa es la de incluirnos en animales provechosos o inútiles para sus intereses.

Las aptitudes que hacen que seamos útiles para los humanos son múltiples y variadas. Destaca nuestra función como proveedores de sus alimentos y para hacerles compañía a modo de mascotas. También se aprovechan de nosotros para sus experimentos en laboratorios o para la fabricación de múltiples objetos a partir de diferentes partes de nuestros cuerpos —¡usan nuestros intestinos hasta para hacer las cuerdas de sus raquetas de tenis!—.

---

Podría escribir sobre todas las utilidades que desde la Antigüedad nos ha ido dando la humanidad, pero sería demasiado largo y tedioso para el lector. Y aún no he logrado entender por qué la mayoría de las personas que habitan este hermoso planeta, en vez de agradecernos todo lo que desde antaño les hemos aportado y les seguimos aportando, nos tratan de forma cruel y despiadada, aprovechándose de nuestra indefensión para volcar sobre nosotros sus frustraciones, sus fracasos, sus amarguras, su ira; convirtiendo así la vida de muchos de nosotros en un calvario y un martirio indigno para cualquier ser vivo.

Este libro hace un repaso a varias situaciones de esta índole, presentes aún en la sociedad actual, donde podemos encontrar diferentes ejemplos de crueldad hacia nosotros, los animales, ante los que estamos indefensos y vendidos a las brutalidades y barbaridades humanas.

Por fortuna, es cierto que no toda la gente es así. He podido comprobar que las personas sensibilizadas con lo que está ocurriendo con nosotros son cada vez más y tengo fe en que consigan tener el peso suficiente para poder cambiar las bases de esta sociedad, empezando por la educación de los niños y las niñas.

Como es lógico, no he sido yo la que ha escrito este libro, pues, como ya sabéis, soy una vaca. Y, aunque lo he intentado por activa y por pasiva, me ha sido imposible coger bien un bolígrafo o teclear con soltura un ordenador. Esta obra ha sido posible gracias a un protagonista muy importante de la historia que estáis a punto de conocer. Esta persona tuvo la capacidad de comprender lo que pensaba solo fijándose en mi mirada. De hecho, está escribiendo estas mismas letras mientras me observa. Es la primera persona que conozco que puede leerme el pensamiento a través de mis ojos. Es una sensación muy extraña, pero estoy encantada con la complicidad que tenemos.

---

Estoy segura de que estáis delante del primer libro creado de forma conjunta por un humano y una vaca. En ese sentido, se trata de una obra llena de magia.

Para quienes no lo sepan, Apostolia es el nombre reciente del país en el que nací y donde he vivido siempre. Con anterioridad era tan solo el nombre de un pequeño islote, pero hará ya unos cinco años que la nación entera adoptó ese nombre. Según me han dicho, el cambio de denominación se realizó de forma bastante precipitada debido a una deuda que tenía el Estado con un importante obispo.

Apostolia estaba pasando por unos momentos de crisis económica muy importantes y, como medida de supervivencia, los políticos que ostentaban el poder durante esos años recurrían una y otra vez a ayudas externas para poder sostener la situación y también el poder. El escenario era realmente acuciante.

El Ministerio de Agricultura y Ganadería de Apostolia fue informado de un certamen promovido por la OMA (Organización Mundial Animal), la cual concedería importantes ayudas económicas a los países que destacaran en el ámbito del bienestar animal. El premio que entregarían a la nación que demostrara ser la que mejor trato daba a sus animales era exorbitante.

El lema de la campaña de la OMA consistía en una frase pronunciada mucho tiempo atrás por un hombrecillo muy simpático de gafas redondas: «La grandeza de una nación puede ser juzgada por el modo en que trata a sus animales».

Así pues, una vez el Gobierno de Apostolia tuvo conocimiento de este importante concurso, convocó al día siguiente, sin demora alguna, una urgente asamblea presidida por el mismísimo presidente del Estado.

La situación en el país era cada vez más complicada. Habían empezado ya las manifestaciones de diversos colectivos debido a

---

los aumentos indiscriminados de impuestos, junto con los continuos descensos de las capacidades adquisitivas de los ciudadanos. Una parte no despreciable de familias había abandonado su hogar para buscar oportunidades de trabajo en otros rincones del mundo. No ayudaban los rumores que corrían a lo largo y ancho de la nación sobre las tramas de corrupción de las altas esferas del Gobierno. Los representantes políticos pedían paciencia a sus ciudadanos en todas sus apariciones públicas y prometían que era cuestión de tiempo el poder mejorar las condiciones de vida de los apostilleros y apostilleras —así se denominan los habitantes de Apostolia—. Los mensajes del presidente eran continuos y repetitivos. En ellos amenazaba con que, en caso de no cooperar con las difíciles decisiones tomadas por los mandatarios del país, la nación se despedazaría, e insistía en que esos pedazos resultantes se repartirían entre países enemigos con consecuencias imprevisibles para todos. El miedo era el verdadero protagonista en Apostolia.

El Gobierno no sabía cuánto tiempo podrían resistir en aquellas condiciones, necesitaban un punto de inflexión con urgencia. Y vieron claro que el dinero del certamen de la OMA era justo lo que precisaban para ello.

---

## Capítulo 2: Mijail y Jerónimo

Una fría y lluviosa mañana de invierno, todos los ministros y el propio presidente de Gobierno acudieron al despacho principal del Ministerio de Agricultura y Ganadería para que tuviera lugar la asamblea extraordinaria en la que se iba a organizar y preparar todo lo necesario para poder optar al máximo galardón de la OMA.

La reunión era de suprema importancia, pues no podían perder ese millonario premio de ningún modo o estarían perdidos. Ya no les estaban concediendo más ayudas internacionales por culpa de la deuda desorbitada del país. Era el todo o la nada.

Cuando todos los asistentes hubieron ocupado sus asientos, el presidente del Gobierno agradeció a cada uno de ellos su presencia e inició su discurso sin demora:

—Amigos y colegas, creo que no hace falta que insista en cómo está la situación, sé que algunos de vosotros ya estabais preparando las maletas para abandonar el país antes del hundimiento del barco. Bien, no os lo puedo reprochar, porque yo mismo las tengo preparadas también desde hace unas semanas. Pero la pro-

---

videncia nos ha dado otra oportunidad para poder mantenernos en el poder. Necesitamos ganar el certamen de la Organización Mundial Animal. Vamos a poner, desde el Gobierno, todos los recursos que nos quedan para que así sea. Por eso mismo estamos todos aquí ahora. Hemos tenido acceso a las bases del concurso y, en resumen, dicen que el jurado asignado por la OMA irá visitando cada uno de los países participantes para evaluar los siguientes módulos: bienestar animal en explotaciones ganaderas, bienestar animal en mataderos y cultura del bienestar animal en la sociedad.

»Ahora mismo no tenemos muchos más detalles. Lo que sí sabemos es que la auditoría de la OMA será muy pronto. El equipo auditor estará en cada país participante durante tres semanas consecutivas realizando sus evaluaciones en base a los reglamentos que tenéis aquí delante. Podéis comprobar que son bastante extensos, por lo que todavía no hemos podido leerlos con detenimiento.

En ese momento, el presidente se detuvo y se dirigió al ministro de Agricultura y Ganadería.

—¿Qué opciones tenemos de ganar el certamen en este momento? Quiero que seas sincero con todos nosotros.

El ministro carraspeó y contestó tímidamente:

—Señor presidente, primero habría que leer bien los reglamentos de la OMA para poder dar una respuesta certera. El ministerio que encabezo siempre ha tenido muy en consideración el concepto del bienestar animal y se han hecho muchos avances en este sentido. Hay un marco legal establecido al respecto. —El ministro carraspeó de nuevo—. Pero, bueno, ya conoce usted la idiosincrasia de nuestro país. Bueno, tendremos que realizar un esfuerzo mayúsculo si queremos ganar el premio. Me han dicho que hay países que quizás puedan convencer al jurado con más

---

facilidad. No digo que no podamos ganar, pero, para ser sincero, en tan poco tiempo... Bueno, deberíamos cambiar muchas cosas.

Al presidente del Gobierno no le gustaba lo que estaba escuchando y le cortó en seco.

—¿A qué te refieres exactamente? Quiero que me concretes, Antón.

—Sí, señor. Bueno, por ejemplo... Ejem. No todo el mundo entiende que en Apostolia hagamos corridas de toros y claro, ahora hay más espectáculos de este tipo que nunca. Ya sabe la orden que dio usted con esto de la crisis que estamos pasando. No es que diga que sea una mala decisión, pues es cierto que ha anestesiado a una parte importante de la población al tenerlos entretenidos, pero claro, quizás sea contraproducente para la OMA.

—¿Y por hacer corridas de toros no vamos a ganar el certamen? ¡Pero qué tontería es esa! —exclamó sulfurado el presidente—. ¿Qué tiene que ver eso con el bienestar animal? Estás hablando de un arte que data del siglo de bronce. No confundas las cosas, Antón.

—Bueno, yo también pienso como usted, señor, pero fuera de nuestras fronteras hay muchas voces que no entienden nuestra cultura, ya sabe.

—Bien, ya solucionaremos esa minucia. ¿Y todo lo demás? ¿Ves algún impedimento grave que nos dificulte ganar ese dinero? El ministro carraspeó de nuevo.

—Señor, con todo el respeto, creo que tendría que verlo con sus propios ojos. Pienso que sería conveniente visitar en persona una granja, un matadero, así como una localidad cualquiera de Apostolia. De esa manera, nos podríamos poner en la piel del jurado de la Organización Mundial Animal y adelantarnos a lo que verían ellos durante sus auditorías. Creo que de esta forma tendríamos más opciones de éxito. Seríamos capaces de diagnosticar las posibilidades de mejoras necesarias con los reglamentos

---

de la OMA en la mano y poder incidir así en aquello que hiciera realmente falta.

—Me parece muy buena idea, Antón. Mi equipo se encargará de elegir al azar cada uno de los lugares que visitaremos y sacaremos las conclusiones pertinentes. Como este asunto es de suma importancia, tendremos que iniciar las inspecciones previas mañana mismo. Os emplazo a una nueva asamblea extraordinaria en cuatro días —dijo el presidente mirando a todos sus ministros—. Y será entonces cuando tracemos el plan estratégico para ganar el certamen. Os aseguro que ese dinero es justo lo que estábamos esperando y será nuestro. Confíad en mí.

Dicho eso, el presidente cerró la reunión y se dirigió a su despacho del Palacio Presidencial junto con el ministro de Agricultura y Ganadería.

Debido a la incesante lluvia que seguía cayendo esa gélida mañana, optaron por coger uno de los coches oficiales para recorrer los escasos metros que separaban ambos edificios institucionales.

Una vez llegaron a las deslumbrantes dependencias presidenciales, el líder de Apostolia y el ministro de Agricultura y Ganadería se sentaron en un caro sofá de cuero, ya mucho más tranquilos y relajados.

—Ahora puedes hablarme más claro, Antón, ¿tenemos alguna opción para ganar en estos momentos?

—Por lo que he ojeado de los reglamentos de la OMA, para ser honesto, creo que, si vinieran hoy mismo los jueces y nos evaluaran, seríamos los últimos clasificados. Y con mucha diferencia. Siento no poder darle mejores noticias.

—¡Vamos, Antón! No seas tan cenizo, ¡no será para tanto! Tenemos que ganar como sea; cuento con ese dinero para mantenernos en el poder.

---

—No sé. Quizás yo sea demasiado pesimista, señor. A lo mejor, cuando realicemos las visitas estos días me llevo una sorpresa, habrá que verlo.

El presidente apretó un botón que estaba incorporado en un reposabrazos del sofá de cuero y a los pocos segundos apareció una obediente funcionaria del palacio.

—Por favor, Rita, que venga ahora mismo el señor Muñoz —ordenó el presidente.

Pocos segundos después apareció el señor Muñoz, uno de los asistentes principales del máximo mandatario del país. Vestía un impecable traje negro con corbata blanca.

—Bien, señor Muñoz, quiero que se conecte ahora mismo a la base de datos del Ministerio de Agricultura y Ganadería y que elija al azar una explotación ganadera y un matadero. También quiero que escoja al azar una localidad de Apostolia.

El señor Muñoz, completamente entregado y sumiso a las órdenes de su jefe, tomó asiento delante del ordenador que reposaba en una de las mesas auxiliares del despacho.

—Señor, ¿está pensando en una especie animal en concreto?

—¿Hablan de especies concretas en el pliego del certamen de la OMA? —preguntó el presidente al ministro.

—No, señor —contestó raudo Antón—, pueden elegir cualquiera, así lo indica el documento.

—Pues al azar, señor Muñoz; proceda —concluyó el presidente.

Escasos cinco minutos después, el asistente dio un rápido giro a su silla para orientarse de nuevo hacia el presidente y Antón.

—Ya lo tengo, señor —dijo mientras le daba el manuscrito con los nombres al presidente.

El folio decía lo siguiente:

---

Explotación ganadera: Las Gallinas Saltarinas Sociedad Definida.

Matadero: Los Animales Sonrientes Sociedad Definida.

Localidad: San Francisco de Asís.

El presidente cogió el papel, lo leyó de soslayo y se lo entregó enseguida al ministro.

—¿Se encuentra bien, presidente? —preguntó Antón preocupado al ver que su superior había cerrado los ojos.

—Sí, Antón, estaba pensando. Vamos a ir los dos solos a estos lugares y, además, vamos a ir de incógnito. Quiero ver de verdad en qué situación estamos y las verdaderas posibilidades que tenemos de ser los ganadores del concurso. Mis asistentes personales nos harán un cambio radical de imagen y nos haremos pasar por nuevos trabajadores, o ya veremos qué nos inventamos. ¿Tenemos a mano todos los requisitos que van a ser evaluados por los de la OMA?

—Sí, señor, disponemos de todos los reglamentos en los que se detallan cada uno de los requisitos evaluables.

—Bien, quiero que vayamos a estas rondas de reconocimiento con esos reglamentos. Después de cada visita, calcularemos la puntuación que hubiéramos obtenido en cada caso. Así sabremos dónde tenemos que actuar luego. Si hiciera falta, claro. Nos vamos a llevar ese premio, Antón. Por lo civil o por lo criminal.

—Claro, señor, sin problema.

—Bien, empezaremos mañana mismo, tengo la sensación de que estamos más preparados de lo que me has dado a entender. Además, ningún animal ha entrado aún en mi despacho y me ha planteado queja alguna por su bienestar. Creo que eres demasiado pesimista y cenizo —dijo el presidente con una clara mueca de sorna.

—Eso espero, señor, eso espero.

---

El equipo de maquillaje presidencial hizo un gran trabajo y dejó irreconocibles tanto al presidente como al Ministro de Agricultura y Ganadería.

La apariencia anterior del presidente se podría definir como del todo normal, estandarizado a los cánones correspondientes de la época. Pero ahora, tras su proceso de transformación, lucía una media melena rizada, negruzca pero canosa en los laterales, y una incipiente calvicie en la zona frontal. Una barba frondosa y desgarrada acompañaba al revoltoso bigote en el nuevo rostro del presidente.

Antón, antes de su transformación radical, portaba un corte clásico de pelo, donde las canas habían invadido ya casi la totalidad de su cabellera. El ministro no se solía dejar nunca barba, pero sí que era habitual verlo con un bigote exquisitamente cuidado.

Tras el cambio de imagen, Antón había rejuvenecido al menos una década, gracias, sobre todo, a la espectacular peluca negra y despeinada que coronaba su cabeza. Su bigote fue eliminado y sustituido por una interesante perilla a medio afeitado.

Sus nuevos nombres serían Mijail en el caso del presidente — con supuestas raíces familiares soviéticas— y Jerónimo en el caso del ministro.

---

---

## Capítulo 3: Las Gallinas Saltarinas

Al día siguiente, al alba, los dos burócratas quedaron en un aparcamiento público cerca del Ministerio de Agricultura y Ganadería. Aún no estaban acostumbrados a sus nuevos aspectos e identidades. Allí les habían dejado un coche utilitario de segunda mano con varios desperfectos en chapa y pintura para que no llamaran la atención con los caros coches oficiales.

Mijail y Jerónimo se subieron al auto y emprendieron el largo viaje, pues el azar quiso que la explotación ganadera se encontrara al extremo norte del país, por lo que tardarían al menos cuatro horas en llegar. Las Gallinas Saltarinas Sociedad Definida se localizaba, según el mapa que llevaban encima, a las afueras de un bonito pueblo enclavado a los pies de una cordillera montañosa bien conocida por su belleza y encanto natural.

El presidente le pidió al ministro que empezara conduciendo él.

—¿Qué sabes sobre las gallinas, Antón? —preguntó cuando llevaban ya cerca de una hora de viaje, tras despertarse del duermevela en el que se había mantenido hasta ese momento.